

Rubén Darío (último retrato).



A RUBÉN DARÍO

Pienso al verte en el Gólgota iracundo
 donde te inflingen sátiras agudas,
 que estirpe hicieron Barrabás y Judas
 y más de un Cristo sangra por el mundo.

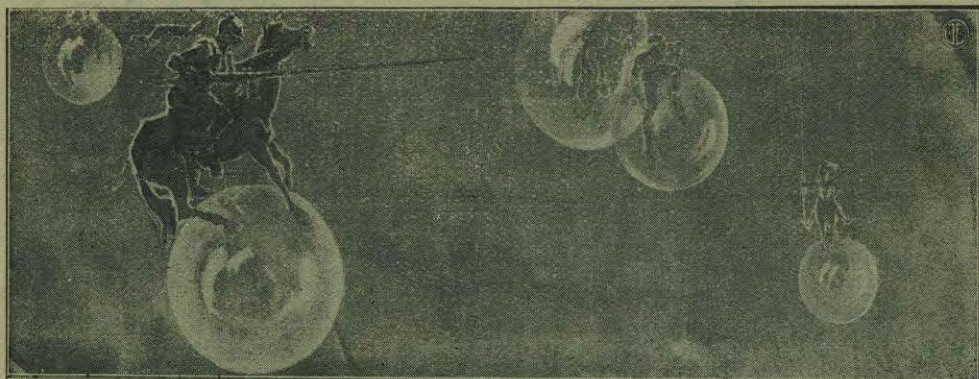
El nimbo llevas de los santos reos
 que fueron en las almas sembradores
 é hirió y clavó en el leño de dolores,
 la turba de villanos fariseos.

De ella, ni un gesto de piedad demandes
 —¡no imploran de los míseros los grandes!—
 y, altivo, diles: —Continuad, malvados;

desde la Cruz de mi gloriosa vida,
 puedo soñar aún con la sien partida,
 puedo volar aún con los pies clavados!

MANUEL S. PICHARDO.

Abril, 1907.



TENDENCIA DE LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA

(De "The Literary Digest," Nueva York, 13 de Abril de 1907).

Traducido para la "Revista Moderna."

El desarrollo futuro de las literaturas en el Norte y en el Sur de América, presentará un interesante paralelo, si no una competencia, según indica un escritor en el «Evening Post,» de Nueva York, Marzo 29. Se llama en este artículo la atención sobre los hechos en que se basa esta profecía, con motivo de la publicación de una antología compilada por Manuel Ugarte é intitulada «La Joven Literatura Hispano-americana.»

«Aquí en el Norte —dice el escritor del «Post,»— la literatura recluta sus adeptos entre todas las razas de la tierra, pero se desarrolla sobre líneas anglo-sajonas; allí en el Sur, una raza algo semejante, y por lo menos tan mezclada como la nuestra, expresará sus más altas aspiraciones bajo la tutela estricta de la tradición

latina.» Este último pensamiento recibe su apoyo en el hecho de que la presente antología, publicada en París, indica que sus ciento y más autores se han formado «bajo la influencia de la más reciente literatura francesa, á veces filtrada, indudablemente, á través de escritores españoles.» Otro hecho interesante á este respecto, es el de que entre los nombres que forman la lista de autores, aunque españoles en su mayoría, hay un buen número de apellidos ingleses, franceses y alemanes.»

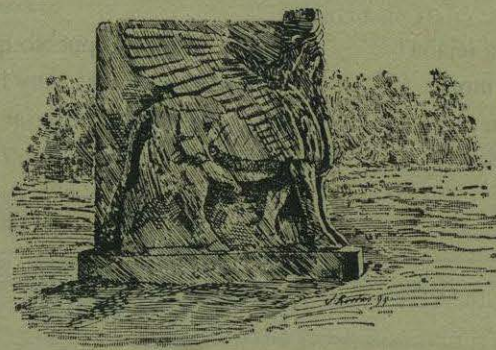
«Debe entenderse que los jóvenes escritores hispano-americanos no son en manera alguna serviles imitadores de sus modelos. Solamente han aprovechado la tradición francesa para realizar sus propios ideales. Muchos de ellos han estudiado en las más altas escuelas de París. Todos pa-

recen tener aspiraciones semejantes á las de los realistas, analistas y simbolistas de la Francia contemporánea. Y esta consideración nos lleva á la reflexión paradójica de que la surgente literatura hispano-americana parece haber nacido decadente. Estos jóvenes aspirantes de un nuevo mundo han adoptado, en cierto modo, las actitudes de Verlaine, Moreas, Mallarmé, productos de un mundo viejo. *El perjuicio de esta especie de enfermedad ha sido pequeño, sin embargo, como lo indica el Sr. Ugarte. En realidad, este preciosismo de estilo y de dicción ha resultado probablemente benéfico en una literatura tan necesitada de disciplina. Los apóstoles de lo Ultra-moderno y de lo precioso han logrado, por lo menos, en el transcurso de media generación, forjar un nuevo estilo, nervioso, preciso, expresivo, adecuado, en una palabra, para todas las necesidades modernas.»*

En el tono cosmopolita de casi toda esta literatura, se nota la ausencia de una vigorosa influencia inglesa ó alemana. Continúa el escritor del «Post:»

«Estos escritores conocen su Whitman y su Nietzsche, pero no se consagran al culto de la fraternidad ni al del super-

hombre. Políticamente, su actitud hacia los Estados Unidos es de prudencia, cuando no de suspicacia. En nuestro gigante industrialismo, en lo que ellos consideran nuestros sueños de conquista, ven algo antipático, cuando no amenazador. La ironía, la indignación á veces, con que Mr. Roosevelt, «Profesor de energía,» es tratado por escritores como Rubén Darío, de Nicaragua, y Márquez Sterling, de Cuba, indica que el apóstol de la vida sencilla é intensa, ofrece un complicado problema á los analistas latino-americanos. Este es un hecho que no debe asombrarnos mucho ni ser deplorado. En realidad, cualquier «entente» intelectual con la América del Sur, se logrará más bien por medio de una franca comprensión y aceptación de las diferencias fundamentales de raza, que por la insistencia sobre simpatías que no existen. Cuando nosotros comprendamos por qué allí se canoniza á Don Quijote y ellos comprendan por qué nosotros prescindimos de las elegancias francesas que á ellos les parecen tan esenciales, entonces y sólo entonces, podrá un comité intelectual de ambos continentes crear la verdadera retórica de los congresos pan-americanos.»





EL DRAGÓN

(De un libro en prensa).

Como en un marco de laca,
ó en un extraño abanico,
donde un faisán alza el pico
buscando una luna opaca;

como en un biombo de seda,
donde un guerrero mongol
sostiene en un parasol
á un viejo bonzo que rueda;

como en el frizo arrogante
de un inmenso pebetero,
donde contiene un arquero
la furia de un elefante;

la inmensa China lejana
sus corvas espadas moja,
tiñendo con sangre roja
las torres de porcelana.

Pero si ante el mandarin,
saquean los invasores
las tiendas multicolores
de las calles de Pekin,

no es que la fuerza divina
niegue á su pueblo un ejemplo,
ni asista al Budha del templo
sin revelarse á su ruina;

es porque en las escrituras
los tiempos no son llegados
de que los antepasados
remuevan sus armaduras. . . .

Que el pueblo que hoy acató
se levantará muy luego,
si lanza el dragón de fuego
su grito ronco: ¡Pa-hoo!

MANUEL UGARTE.

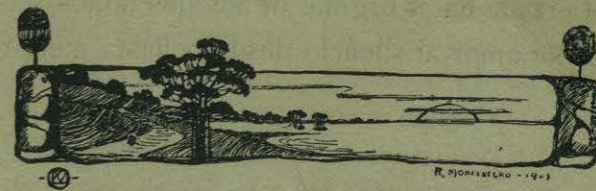


CARDUCCI

Había nacido en 1835; pero si hubiese nacido veinte años antes, el fragor de la lucha entre clásicos y románticos se hubiera abierto paso igualmente, dada su energía y su vigor intelectual, y al convertir — como á ello le inducía su carácter — la literatura en arma de guerra en nombre del patriotismo, hubiera vencido á Niccolini, á Guerrazzi y á D'Azeglio; hubiera acompañado y completado á Mazzini y hubiera tenido por discípulo á Giusti. Como llegó después que ellos, cuando Aleardi había cantado ya «La Cita Marinare,» cuando Prati había logrado la satisfacción de ser poeta áulico, cuando las irritadas poesías anti-albertinas de Berchet habían caído en el olvido, cuando los grandes destinos de Italia estaban próximos á cumplirse, no pudo ser más que el poeta histórico y crítico del *resorgimento*.

Carducci fué un espíritu universal; fué pensador, filósofo, polemista, político, sin dejar nunca de ser poeta. Su obra crítica no traspuso los confines de la patria, porque los traductores extranjeros tropezaron con la imposibilidad de verter á sus idiomas respectivos sus geniales pensamientos, pero la historia y la literatura extranjeras tuvieron en él un investigador concienzudo, sensible á todos los fenómenos de la vida intelectual allende los Alpes.

Hemos sepultado á Carducci; pero podemos decir que con él hemos sepultado cuanto quedaba aún entre nosotros de grande y de noble para atestiguar con la elevación del ingenio, con la profundidad de la erudición, con la bondad de los sentimientos, con la generosa valentía del espíritu, las razones ideales y reales de la unidad de Italia, con Roma por capital.





LA ESTATUA DE COLEONI

VENECIA

Por Alberto Mérat.

(De las "Ciudades de Mármol").

El condotiero —vástago del gran republicano—
De sangre más ilustre que una estirpe real,
En los estribos férreos sesga los pies; la mano
Excita y doma el fuego de su corcel, triunfal.

Levanta el estandarte de emblema soberano
El otro brazo, abierto en un gesto leal;
Y prefiere en banderas de simbólico arcano
El viejo león véneto al águila imperial.

Fuerte guía de bravos soldados de su talla,
Sus ojos sin pupila dirigen la batalla;
Espera las Victorias que están ya por venir;

Y la rugosa boca de los caídos huecos ———
—Cerrada en el orgullo de los dos labios secos—
Por su amor al silencio desdeña hasta mentir.

RAFAEL LÓPEZ.



ELLA

Reuniéronse para celebrar Consejo en la cámara de la galera real los capitanes de las escuadras de la Liga. Iban entrando en la cámara respetuosamente, haciendo la venia al joven jefe supremo de las armadas unidas, el cual contestaba al saludo con afable sencillez. De su persona emanaba aquel atractivo que conservó hasta la muerte, mezcla de lo dulce y lo intrépido, lo franco y lo altivo, (involuntario quizás), que le prestaba la sangre cesárea hirviente en sus venas de héroe precoz. Vestía de tisú blanco, con acuchillados de oro y herretes de diamantes, gola rizada y guantes de ámbar, como si se tratase de asistir á una fiesta; y su alborozo era tan visible, que el príncipe de Parma hubo de secretar por lo bajo al Gran Prior de la Orden de San Juan:

—Los mozos tornan las funciones de guerra por juegos de cañas.

Contrastaba, en efecto, la actitud de D. Juan con la de los altos personajes que acudían al Consejo. Estos venían preocupados, cejjuntos y encerrados en misteriosa reserva. Ocuparon en silencio los esca- beles alrededor de la mesa de torneados

pies; dos ó tres tosieron de un modo afectado; uno acomodó la cazoleta de su espada. El mozo, impaciente, les apremió:

—Digan sus pareceres.... Hable primero el poderoso Andrea Doria, por nuestra aliada la serenísima República.

Doria se levantó. Al prepararse á hablar, interiormente estaba viendo algo espantoso que acababa de suceder: una ciudad tomada, arrasada, saqueada; arroyos purpúreos corriendo por calles y plazas, hasta coagularse al pie de los destruidos muros; galeras venecianas zozobrando en medio de horrible tormenta; galeras de Malta, más infelices, apresadas por el turco. Era un veterano ilustre Andrea Doria; pero le resonaban allá en el fondo del espíritu los versos burlones del poeta satírico español, comentador de los recientes descalabros de las armas cristianas: «Y fué un ratón el parto de los montes...» Meneando la cabeza cautelosamente, opinó:

—Considerad, príncipe, la importancia de nuestras escuadras. Si el turco, superior en fuerza y número de bajeles, en experiencia militar, y á más envalentonado, ahora nos destruye, será la ruina defi-

nitiva de la cristiandad. Armada de tal valía, ni puede rehacerse, ni se ha de poner en riesgo sin la seguridad del triunfo. No tenemos necesidad de presentar la batalla: aunque triunfásemos, el invierno que se acerca nos impediría aprovechar la victoria. Socorrer á Chipre, bueno; hostilizar, mejor; empeñar la acción.... malo y peligroso.

—¿Así pensáis?

—Así pienso.... —Y el veneciano, contraido y sombrío, volvió á sentarse. Ya tres ó cuatro de los jefes asentían á su parecer; ellos recelaban lo mismo, y ahora se atrevían á formular claramente su recelo, amparándose en el prestigio de un marino y un general tan respetado como Andrea Doria. Era el estremecimiento del vago terror de la hora crítica, disfrazado con manto de prudencia. Ninguno creía tener miedo: si lo creyesen, se aborrecerían á sí propios. No: sólo prevención de varones fuertes, hábil estrategia, veían en la retirada vergonzosa propuesta so color de discreto ardid....

—Y vos, D. Alvaro, buen marqués.... ¿qué haríais?

Se alzó el interpelado. Su faz larga, su frente calva y espaciosa, surcada por profunda arruga, su barba puntiaguda, oscura, recortada con firmeza, se destacaban enérgicamente sobre la escarolada gorguera, bajo la cual relucía, en un relámpago, el acero bruñido de la coraza. Al ver la arrogancia con que se erguía el español, el veneciano encapotó más el entrecejo:

—¿Pues hay duda en eso? —declaró D. Alvaro.— ¿Nos hemos juntado con tanto aparato militar para nada? ¿Hemos exigido del pueblo tantos sacrificios para retroceder en la ocasión? Más valía entonces habernos quedado en nuestras casas hilando. Demos la batalla, señor, que Dios nos ayudará; y yo de mí sé decir que quiero ser muerto antes que retroceder. Llegada

la hora del peligro, Bazán acudirá al socorro.

La nota herióca encendió de gozo las mejillas en flor de D. Juan de Austria. Su mismo espíritu hablaba por boca del triunfador del Peñon de Vélez y de Rio Martín; su propio impulso de acometividad lo traducía la voz llena y vibrante del marqués. Aún quedaba, sin embargo, un poco de vacilación en su mente: la terrible responsabilidad la agobiaba aún. Y entonces se levantó un magnate de pelo gris, de cuerpo endeble —el marqués de Priego. —Su entonación era apagada, lenta y grave, como esas cláusulas de canto llano que se escuchan desde lejos en las catedrales, en la puesta del sol, en las últimas notas de coro.

—Vengo de Roma —articuló, alzando piadosamente las manos.— Vengo admirado de la Santidad de Pio V. Es un varón del cielo, y es la discreción y la fortaleza hechas hombre. Por la mañana conversa con los ángeles, sus hermanos, y por la tarde rige con dictámenes de sabiduría á los reyes, sus súbditos. ¡Y Dios me ordena decir aquí que la Santidad de Pio V manda que peleemos!

Inclinándose profundamente, D. Juan hizo la venia al mandato del Papa. Al enderezarse otra vez, su acento fresco, timbrado, ardiente de juventud, resonó:

—Sin dilación: proas adelante. ¡A buscar al enemigo.

La orden fué obedecida por el bosque de galeras, fragatas y bergantines que oprimía la superficie apacible del fondeadero. Como enjambre de hormigas que se despierta rebullendo y se esparce, activo, ensombreciendo el verde del campo, las naves desfilaban á todo trapo hacia las clásicas islas. Las viejas ninfas, mutiladas, escondidas en los boscajes, veían pasar las escuadras de la cristiandad, y, temblorosas, se escondían. Las malditas sirenas no

se atrevían á sacar fuera el pecaminoso torso. Las espantaba la cruz, que navegaba ya oreada por el aura de la victoria. A la boca del golfo de Lepanto, el vigía, encaramado en el calcés de la galera real, gritó: «¡Vela enemiga!» Era que la armada turca se precipitaba al encuentro de su adversaria. Al oír el primer cañonazo de desafío de la capitana de Ali Bajá, D. Juan, pensativo, dejó caer la palabra suprema:

—Muertos ó vencedores, hoy es el día de la inmortalidad.

Sus sueños de niño se realizaban. Al fin iba á revelar que era hijo del emperador paladín. El verdadero hijo entrañable —más verdadero, en cuanto al alma, que el pálido golilla que esperaba allá en la corte, papeleando noticias de la lid.— Y el bastardo, trasportado de orgullo, dió sus órdenes. La galera real voló á embestir á la de Ali. Las tajantes proas se arremetieron con furia de leonas enceladas, que hacen de dos cuerpos uno solo al impulso del odio, más enérgico aún que el amor. Bazán, cumpliendo su palabra, acudió al socorro. Incierta estaba aún la victoria. Se peleaba hombre contra hombre, en el frenesí sangriento del abordaje. Una bala de arcabuz horadó la frente de Ali. Un forzado español, gritando: ¡Santiago! rebanó la cabeza del turco, la agarró por los cabellos, para presentarla á D. Juan; pero deslizándose de la mano nervuda del galeote, la testa, toda roja, se hundió en las aguas del golfo, como se hundía en aquel punto el poderío otomano. Las naves turcas huían á la desbandada: unas se encallaban, otras ardían.

Las vencedoras anclaron en el puerto. Ebrio de gloria, fatigado, pero no rendido, D. Juan se apoyaba en la borda y escuchaba, como si viniese de gran distancia, la palabra amiga del marqués. «Aprovechese la jornada —repetía éste con porfía

tenaz.— Gánese el tiempo. No se les deje respirar ni recobrase. Acabemos con ellos; á barrerlos de la haz de la tierra. Adelante ahora, adelante.» Y Don Juan, asintiendo vagamente, sin discutir, pensaba en otra cosa. Quería quedarse solo. «Descanse ahora el buen D. Alvaro. La jornada lo requiere.»

Sin embargo, cuando el marqués se hubo retirado, no buscó el reposo de su cámara D. Juan. Permaneció en el puente, mirando á las olas que fosforescían, á los cabrilleos de plata derretida que la luna sembraba en ellas. Era la noche de serenidad admirable. La mocedad del héroe ascendía á su corazón, y se acordaba, se acordaba de la enamorada mujer que en Italia había dejado.— Un lejano hervor del haz del agua, un borbotear tímido, descubrió las suaves líneas de un busto de nácar, que el reflejo de las olas enverdecía. Poco á poco, sacando primero una mano, toda goteante de perlas líquidas, luego la cabeza que enramaban finas algas y corales, luego el pelo alabastrino —y ocultando el resto de su figura de monstruo,— la sirena se aproximó á la galera real. D. Juan la miraba á los ojos de esmeralda, atrayentes y enigmáticos. Le parecía joven y seductora, porque ignoraba que era la misma sirena milenaria que salió á detener á Ulises el astuto, sin conseguirlo, y que logró hacer retroceder en Accio, á Marco Antonio, en su galera de cinco filas de remos, por seguir á Cleopatra fugitiva.—Y la sirena empezó á cantar. Su voz se alzaba pura, melodiosa, algo apagada, como si pasase al través de las capas del agua profunda; y en cada estrofa su canto tenía lágrimas y caricias, promesas y quejas, añoranzas y suspiros, balbuceos de la pasión, que se fundían en la deliciosa música de una invitación á la breve felicidad. La sirena pagana tenía la misma voz que *ella*, y D. Juan, borrado ya el recuerdo de tanto

estrago, de tanta muerte, sentía sólo el ansia infinita de *ella*, de su vista, de su encanto. Anheloso, tendió los brazos á la sirena, la llamó dulcemente, en el mismo idioma de la amada: «Vieni...» La sirena, con hechizo, repitió el llamamiento «Vieni...» Su mano señalaba el rumbo de Italia, el regreso. El corazón de D.

Juan saltaba contra su gola de acero nielado.

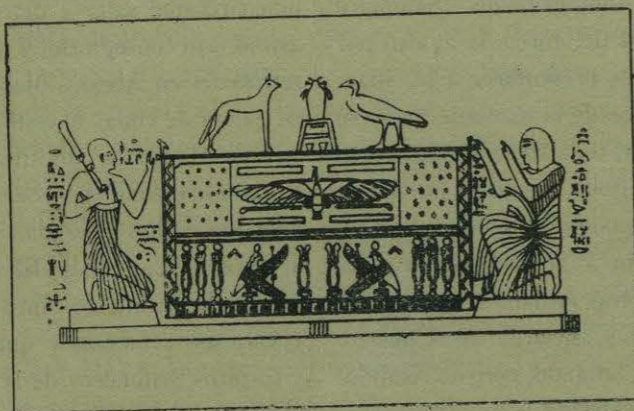
Y he aquí por qué pudo escribir un historiador, refiriéndose á la jornada memorable: «Ninguna victoria mayor, más ilustre y clara; ninguna más infructuosa.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

DARIO HERRERA

Ha regresado á México, con la intención de radicarse entre nosotros, nuestro amigo el distinguido escritor y ex-diplomático panameño D. Darío Herrera, á quien

tuvimos ocasión de saludar hace pocos meses, á su paso por esta Capital. «La Revista Moderna» se complace en saludar nuevamente al distinguido literato.



MIS PINOS DE PALMA

Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,
Yo os amo. Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
Mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;
Habéis sido mástil, proscenio, curul,
Oh pinos solares, oh pinos de Italia,
Bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
En medio de brumas glaciales y en
Montañas de ensueños, oh pinos nocturnos,
Oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
Tendiendo á la dulce caricia del mar,
Oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
Oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos,
La Isla Dorada me ha dado un rincón
De soñar mis sueños, encontré los pinos,
Los pinos amados de mi corazón.